

ct

Tierra en los ojos

de
Jaime Pujol

(fragmento)

“Si tal cosa fuese posible, nuestra tierra sería una pesadilla”
(Arthur Machen)

(Noche cerrada. Dos jóvenes entran sigilosos. Llevan linternas, varias herramientas y algo parecido a una saca. Uno de ellos, al pisar, hace crujir la hojarasca)

- Deja de hacer ruido, por lo que más quieras.
- No lo hago a propósito.
- Ya sé que no lo haces a propósito. Sólo faltaría. Pero llevas todo el camino haciendo ruido. ¿No puedes fijarte por dónde pisas?
- Me has dado la peor linterna. No se ve un carajo con esto. Enfoco al suelo y no veo un carajo. La luz no llega al suelo. ¿Qué quieres que haga?
- Son iguales.
- No, no son iguales.
- Compré dos linternas iguales.
- Pues no te las dieron iguales.
- Las pedí iguales y me las dieron...
- Bueno, puede que sean iguales...
- Iguales, te lo digo yo.
- Pues ésta no funciona. O las pilas están gastadas.
- Son nuevas. Completamente nuevas. La linterna no llevaba pilas, así que tuve que comprar un paquete de pilas.
- Pues hay algo que hace mal contacto por dentro...
- Ten. Cámbiamela. *(Intercambian sus linternas)* Hala, ¿contento? ¿Podemos seguir?
- Ajá.

(Avanzan unos pasos. El mismo joven de antes, al caminar, golpea una piedra que va a chocar contra una lápida)

- ¿Y ahora qué? ¿Tampoco ves con esa linterna? ¿Es que no puedes tener un poco de cuidado?
- Lo tengo. Es sólo que... Son estos jodidos zapatos. Tienen la suela demasiado fina. Tengo que andar como si pisara huevos. Tendría que haberme puesto las deportivas. Estaría más cómodo. Me sentiría más ágil, menos torpe... No tendría que haberte hecho caso. En serio. Tendría que habérmelas puesto.
- Claro, tendrías que haberte puesto tus deportivas. Ese par de zapatillas blancas y fluorescentes tuyas eran lo más apropiado para este trabajito. ¿Cómo he sido capaz de prohibírtelo? Cómo he podido evitar perderme el espectáculo de ver tus dos zapatillas fluorescentes caminando en la oscuridad entre las tumbas: “El baile de las zapatillas vivientes”...
- Tampoco brillan tanto.
- Las que más. Tú mismo lo dijiste. Me he comprado las zapatillas que más brillan de toda la zapatería. Lo dijiste. ¿Sí o no?
- Sí.
- Pues mira qué bien.
- Podría haberles dado una capa de betún oscuro por encima o haberles pegado un trozo de tela

negra para la ocasión.

- ¿Lo hubieras hecho? ¿Habías estropeado tus maravillosas zapatillas de marca para una sola noche?
- No sé... Si nos pagaran un poco más no me hubiera importado.
- No es el caso...
- Ya lo sé. Hay que joderse.
- Otra vez no, ¿vale? Ya viste cómo me lo peleé. Le saqué el doble de lo que nos daba.
- Aun así...
- Aun así no está mal. Haber hablado, coño.
- Me dijiste que no abriera la boca.
- Te lo pregunté a ti directamente. Estabas sentado a mi lado y te dije: ¿te parece bien? Hum. Fue todo lo que dijiste: Hum. ¿Qué coño significa Hum?
- Me dijiste que no abriera la boca.
- Durante la negociación.
- Dije todo lo que tenía que decir.
- ¿Hum? ¿Era todo lo que tenías que decir después de oír lo que nos ofrecían? Pues ahora no paras de quejarte. ¿De verdad esperabas que yo entendiese lo que querías decirme con ese sonido?
- Y la cara que te puse, ¿qué? ¿No cuenta?
- ¿Qué cara?...
- La cara que te puse cuando hice Hum decía claramente que no era bastante, que pidieses un poco más.
- ¿Eso decía tan claramente? Te juro que yo entendí que tu cara y tu Hum me estaban diciendo que no estaba mal lo que le había sacado. Y como tampoco me dijiste nada cuando salimos de ahí...
- Porque no había nada que decir. Ya estaba hecho.
- ¿Y hoy qué? También está hecho. Ya no hay nada que hacer.
- He tenido tiempo para pensarlo. Y a la vista de lo que nos espera... Es injusto, me parece poco.
- Pues ya no hay vuelta atrás, ya nos hemos comprometido. Así que no es el momento de ponernos a discutir sobre lo que nos van a pagar. Son las tres de la mañana y estamos en el cementerio de un pueblo que está a tomar por culo a punto de robar un cuerpo.
- Bueno, vale, vale. Pero la próxima vez...
- No sé si habrá próxima vez.
- Bastante duro es tener que hacer esto como para encima llevarse una bronca.
- Digo. ¿Podemos seguir?
- Sí.
- Pero con un poco más de sigilo, si es posible. *(Suena repentinamente la melodía de un móvil)* ¿Qué es eso...? ¿Es tu...? No me digas que... que es tu... Por Dios, apaga eso...
- *(Mientras lo busca en la saca)* Lo había apagado.
- ¿Lo habías apagado?
- Lo había apagado. Antes de abrir la verja me has dicho apaga el móvil, por Dios y es lo que he hecho.
- ¿Es lo que has hecho?
- Lo he...
- Apaga eso.
- Espera que lo encuentre. ¿A quién se le ocurre llamar a las tres de mañana? Te juro que lo he apagado. *(Saca por fin el móvil)*
- No se te ocurra cont..
- *(A la vez, contestando en voz baja)* ¿Sí?

- Apágalo.
- Pili, cariño, ¿qué haces llam..? Estoy... Sí. Estoy trabajando y no puedo... Porque estoy trabajando... *(El otro le hace gestos para que cuelgue)* No puedo hablar más alto. Mi “jefe” me está mirando. Estoy... Pero, ¿qué haces llamándome a estas horas? *(El otro le hace un gesto radical para que cuelgue)* Tengo que colgar. No, no sé... Creo que están... *(El otro le arrebató bruscamente el móvil, lo apaga y lo guarda)* ¿Qué haces?
- Apagar “otra vez” tu móvil.
- Le iba a decir donde estaban las pastillas para dormir. La pobre no podía...
- ¿Sabes por qué estás aquí?
- Porque...
- Porque me dabas pena, Paquito.
- ¿Te daba...?
- Cada vez que te veía... Me daba pena verte siempre en esa esquina del supermercado envasando al vacío todos aquellos embutidos. Hora tras hora. Y me resultabas majó. Y un día que estabas envasando al vacío aquel imponente morcón ibérico, me dijiste “daría lo que fuera por salir de aquí”. Y por eso ofrecí ayudarme. Son ya once meses... De unos fiambre a otros. De un envasado a otro. Deja de joderme y céntrate. Es todo lo que te pido.
- *(Afirma sumiso con la cabeza y mira a su alrededor)* ¿Empezamos por éstas?
- Mejor por las que están más cerca de la verja.
- ¿Y si están en éstas?
- ¿Quieres mirar en éstas?
- ¿Por qué no?
- Muy bien, mira en éstas. Sólo que tendremos que cargar más metros con el cuerpo.
- ¿Y si ninguno de ellos está enterrado cerca de la verja?
- Pues nos iremos alejando.
- Pues buscamos primero por aquí y si no encontramos nada nos vamos acercando. ¿Qué más da?... ¿Ya llevamos 11 meses trabajando juntos? *(Enfocando con su linterna una lápida)* Mira, uno del 12. ¿Has visto? La cosa funciona. Quince días. No está mal.
- Nos dijo más reciente. Por eso hemos venido hasta aquí...
- Que se joda. Quince días está bien. ¿Para qué seguir buscando? Que nos hubiese pagado más.
- Si le llevamos uno de quince días no veremos un euro. Hemos venido a este cementerio por algo, ¿no?
- A lo mejor las dos familias vivían aquí pero no eran de aquí. Puede que se los hayan llevado a enterrar a otro sitio. ¿Cómo puedes estar seguro...?
- Porque lo ponía el periódico.
- ¿Los siete?
- Los siete. Los de una familia ayer y los de la otra hoy, para evitar más jaleo.
- *(Enfocando su linterna hacia otra lápida)* Mira.
- ¿Has dado con alguno?
- Tarcisia. No te pierdas el nombrecito...
- ¿Puedes estar en lo que estás?
- Estoy en lo que estoy pero me lo hago ameno. Menuda racha llevan en este pueblo.
- ¿Qué?
- Este también palmó hace nada.
- ¿Hace nada qué es?
- Cinco días. O sea que bingo. Ya está.
- Más reciente. ¿Cómo te lo tengo que decir? Dos días a lo sumo. *(Vuelve a sonar el móvil)* ¡Joder!

¡Qué susto!

- ¿Has visto?
- Acabo de apagarlo.
- El puto móvil no se apaga.
- Acabo de... Tú lo has visto.
- Lo mismo que me ha pasado a mí. Ya te lo he dicho. Trae. Es Pili. Le digo...
- Aquí nadie le va a decir nada a Pili. Hemos venido a lo que hemos venido. ¿Estamos? Se acabó.
(*Arroja el móvil al suelo y lo pisa*) A currar...
- ¿Qué has hecho? ¿Qué coño has hecho?
- Apagar tu móvil.
- ¿Apagarlo?...
- No se callaba.
- Sólo tenía que decirle a Pili donde estaban esas pastillas.
- Te compraré otro. Te lo juro... El que más brille de toda la tienda. Pero por el amor de Dios, pongámonos a la faena...
- No tenías ningún derecho...
- Luego lo discutimos.
- No tenías...
- Te compraré un iphone.
- ¿Un iphone?
- Sí.
- Muy bien. (*Vuelve a enfocar a una de las tumbas*)
- Busca una lápida que tenga el apellido Arteaga o Jiménez. Son las dos familias que se liaron a tiros.
- ¿Con jota o con ge?
- ¿El qué?
- Jiménez.
- Yo qué sé. Busca Jiménez. Y cuando lo encuentres ya sabrás si es con jota o con ge porque verás enseguida que ha muerto hace dos días. Ni quince, ni doce, ni diez... Dos días.
- Y si son cinco, ¿qué? Ni se va a enterar. El muerto tendrá la misma cara.
- No creo que necesite la cara del muerto para nada. Necesita algo de dentro, algo de sus órganos. Y dijo que tenían que estar en el mejor estado posible para poder trabajar.
- ¿Qué le va a hacer?
- Ni lo sé ni me importa. Mira, aquí hay un Arteaga... Luisa Arteaga López. Murió a la edad de 76 años... ¿Dónde cojones pone la fecha?
- Ahí abajo. Está lleno de verdín... (*Rasca*) Mil novecientos...
- Déjalo. Es del siglo pasado.
- ¿Por qué no nos conformamos con ese que ha muerto hace cinco días? Vete a saber si a los Arteaga y a los Jiménez los han incinerado a todos...
- ¿No te he dicho que leí en el periódico que los habían enterrado entre ayer y hoy en este cementerio? Por eso hemos venido hasta aquí. ¿Quieres que nos paguen, sí o no?
- Quiero acabar con esta mierda de una vez.
- Tienen que estar en alguna parte...
- (*Dirigiendo el haz de su linterna hacia una lápida, y luego hacia otra, y así sucesivamente*) 1996, 1950, 1961, 2000, 1946... Esto es una locura. Cinco días no es nada.
- Dos no es nada. Tiene que ser más reciente, te guste o no.
- Joder... ¡Joder! ¡Mira, tres! ¡Tres días! ¡Aquí! A esto no puedes negarte. Felipe Gracia Ortiz. 24

de octubre. Ni Arteaga ni Jiménez, Gracia... ¿La cosa tiene “gracia”, no? Y encima murió a la edad de 32 años... Joven. Seguro que se conserva de puta madre. ¿Qué me dices? Sólo lleva muerto tres días. Tres.

- ¿En qué te estoy hablando? ¿Qué te estoy diciendo? Lo de menos es que sea joven. Si por mí fuera le llevaría una momia de dos mil años. Pero hay unos requisitos.
- ¿Qué es esto, una puta oposición? ¿Requisitos?
- Estás empezando a levantar demasiado la voz.
- Me la suda.
- A mí no. Van a pillarnos.
- Vamos a llevarnos a éste.
- Te lo repito: dos días a lo sumo o no cobramos.
- Tú qué sabes si murió a las once de la noche de hace tres días. Estaríamos hablando de una hora más. Sólo una hora más muerto. Eso no es nada.
- ¿Y si no es así? ¿Y si lo sacamos, lo cargamos, nos lo llevamos, lo entregamos y nos dicen que no sirve? ¿Qué vamos a hacer entonces? ¿Vamos a volver a empezar? ¿Estás dispuesto a volver a venir hasta aquí otra noche? Eso suponiendo que Rafael no nos mande a tomar por culo.
- Estoy convencidísimo de que no va a notarlo. Me la juego, sí, me la juego. Me juego el iphone.
- Yo no. Sigamos buscando.
- No me hagas esto.
- Estamos perdiendo el tiempo. Si en vez de hablar tanto nos dedicásemos a buscar ya lo habríamos encontrado.
- Yo ya lo he encontrado.
- No seas cabezota. Te he dicho que más reciente.
- ¿Qué tal un par de horas?
- No digas tonterías. Aquí no vas a encontrar nada que tenga sólo un par de horas muerto.

(Se vuelve para seguir buscando. El otro joven extrae un martillo grande de la saca y golpea repetidamente en la cabeza del que estaba de espaldas hasta que cae muerto)

- No digo ninguna tontería. Un par de horas. Lo que tardo en llevarte hasta ahí. Esto sí que es un cadáver reciente... Y el iphone ya me lo compraré yo.

(Arrastra el cuerpo hasta sacarlo del cementerio).